

LA VERDAD SOBRE KATYŃ

¿Por qué la masacre de varios miles de prisioneros de guerra polacos en Katyń sigue siendo aún un asunto «misterioso» para buena parte de los franceses? ¿Por qué las personas sensatas que acostumbran estar bien informadas—los rusos o los alemanes—continúan preguntándome con una sombra de duda quién fue el autor de este crimen? No puede ser únicamente consecuencia de la campaña de la prensa comunista, tan susceptible en este punto y tan agresiva con cualquiera que se atreva a hablar con objetividad del tema. Diré más: sobre este asunto planea la sombra de Goebbels y de su propaganda histérica, un recuerdo que oscurece los contornos de la imagen y hace que toda información sobre Katyń parezca sospechosa.

«Katyń es mi victoria». En la página de su *Diario* fechada el 12 de abril de 1943 Goebbels rebosa de alegría. Y desde el punto de vista de la propaganda, sin duda tenía razón. A partir de entonces, las fosas llenas de cadáveres de niños judíos asesinados que abundan en la franja oriental de Polonia, los crematorios y las cámaras de gas donde se ejecutaron a miles de esclavos de todas las nacionalidades, dejaban de ser los únicos lugares de hecatombe. Por fin Goebbels tenía pruebas de que los rusos también cometían crímenes de la misma índole.

Por orden de Goebbels, toda la prensa que se publicaba en la Francia ocupada tenía que llenar a diario sus columnas con información sobre Katyń. Actualmente, no agrada recordar aquella dependencia ni volver a un asunto tan manido según la versión alemana.

También en Inglaterra la consternación y el silencio rodean este asunto. ¿Mala voluntad? Sí. Pero por razones com-

pletamente distintas. Accediendo a las exigencias de la propaganda de guerra, toda la prensa inglesa, con pocas excepciones, silenció demasiado tiempo las tumbas de Katyń. ¿Acaso se podía acusar de ser autores de tamaño crimen a los rusos, que por aquel entonces pasaban por dechados de justicia y democracia? Al igual que nosotros los polacos, el gobierno inglés sabía desde hacía tiempo quién era el responsable de aquel asesinato, porque recibió muy pronto todos los documentos relacionados con el caso. Inglaterra se abstuvo de hacer comentarios y exigió que los polacos hiciéramos otro tanto. «Hablando de los asesinados no los vais a resucitar», le dijo a uno de nuestros representantes cierto político inglés ilustre. Fue como si interesara correr un tupido velo sobre el asunto. La prensa inglesa hasta llegó a inducir a sus lectores a sacar conclusiones erróneas, presentando a los polacos como autores de chismes absurdos. Una revista satírica inglesa destinada al ejército se atrevió a publicar la *caricatura* de un soldado, «uno de los quince mil oficiales polacos supuestamente asesinados por los rusos».

La propaganda negra en Francia y la propaganda roja al otro lado del canal de la Mancha son recuerdos que hoy en día más vale olvidar.

Tanto los artículos publicados en *Le Monde* por Stanisław Mikołajczyk, que señalan sin ofrecer lugar a dudas a los responsables del crimen, como el *Diario* de Goebbels de 1943, publicado recientemente por Paris-Press, son motivos suficientes para volver a reflexionar sobre el caso de Katyń.

Ya es hora de esclarecer en base a documentos objetivos algo que en el lapso de los últimos años ha sido una especie de pelota propagandística que los alemanes y los rusos se devolvían mutuamente.

He aquí los hechos y las fechas que conforman el contexto del crimen: después de la agresión contra el territorio de Polonia

perpetrada por los rusos el decimoctavo día de las luchas de los polacos contra el invasor nazi, las tropas soviéticas hicieron prisioneros de guerra a casi doscientos mil soldados que, a continuación, fueron repartidos entre centenares de campos desparramados por toda la Unión Soviética.

Casi todos los oficiales y varios miles de soldados que fueron capturados arma en mano en septiembre de 1939 pasaron entre octubre de aquel mismo año y mayo de 1940 por tres campos instalados en los antiguos monasterios abandonados de Starobielsk, Kozielsk y Ostaszków.

El 5 de abril de 1940, en las tres poblaciones mencionadas había quince mil prisioneros, de los cuales ocho mil seiscientos eran oficiales. De ellos, sólo se salvaron los cuatrocientos cuarenta y ocho oficiales y soldados que tras el desalojo de los campos en cuestión fueron internados en Griazovets o encarcelados en Moscú, donde fueron puestos en libertad al estallar la guerra entre Alemania y la Unión Soviética y al firmarse el pacto Sikorski-Stalin.

Los demás, es decir, entre catorce mil quinientos y quince mil hombres, desaparecieron. Por suerte, las fosas comunes de Katyń no son los únicos indicios que permiten determinar la suerte de una parte de los oficiales desaparecidos.

¿Quiénes eran aquella gente? Eran oficiales de carrera o de complemento de diversa graduación, o bien suboficiales del ejército o de la policía. Había entre ellos seiscientos aviadores, ochocientos médicos de la primera promoción de la Polonia independiente, doce catedráticos, entre ellos el profesor Pieńkowski, un neurólogo eminente y un científico de renombre mundial, el doctor Nelken y el doctor Kołodziejski, un ilustre cirujano, y representantes de profesiones técnicas, como por ejemplo el ingeniero Eiger, vicepresidente de la Liga Antinazi de Polonia, etcétera.

Las escasas noticias que lograban transmitir a sus familias de Polonia dejaron repentinamente de llegar a finales de

marzo de 1940. A partir de aquella fecha, *ninguno de los prisioneros desaparecidos ha dado señales de vida*.

Después de la restauración, en 1941, de las relaciones diplomáticas entre Polonia y la Unión Soviética, las autoridades polacas iniciaron numerosas gestiones para encontrar siquiera algunas huellas de los desaparecidos.

Como ex prisionero de Starobielsk desde octubre de 1939 y liberado del campo de Griazovets en verano de 1941, fui nombrado en octubre de 1941 jefe de la oficina de búsqueda de los desaparecidos. Por aquel entonces, y a partir de prisioneros liberados, se estaba organizando en el territorio de la URSS un ejército polaco bajo el mando del general Anders. Realicé mis investigaciones hasta abril de 1942, fecha después de la cual, tras perder la última esperanza de coronar mis esfuerzos con éxito, fui destinado a otra unidad y tuve que abandonarlas. En el mes de abril de 1943, los alemanes informaron por radio a todo el mundo de su descubrimiento, por lo cual la propaganda alemana fue la primera en dar a conocer la noticia del crimen de Katyń. El comunicado que Goebbels hizo público llegó inmediatamente por radio a Iraq, donde yo estacionaba junto con las Fuerzas Armadas polacas que se preparaban para la ofensiva italiana. Aquella noticia sólo confirmó las conclusiones que yo había sacado hacía un año a raíz de la búsqueda frustrada de mis compañeros.

LA TESIS ALEMANA

Hablando del número de víctimas, la prensa alemana utilizó un término impreciso: «miles». Posteriormente, mencionaría entre diez y doce mil muertos. Los resultados de las investigaciones alemanas se publicaron en agosto de 1943 en un informe titulado *Amtliches Material zum Massenmord von Katyń* (*Materiales oficiales sobre la matanza de Katyń*). Aque-

lla publicación expone de manera detallada y bien documentada la versión que acabo de presentar, pero, a diferencia de la propaganda alemana oficial, no dice explícitamente que hubiese entre diez y doce mil muertos.

Según la versión alemana, entre marzo y abril de 1940 fueron descargados a diario en la estación de Gniezdowo, cerca de Katyń, transportes de prisioneros de guerra polacos. A continuación, los prisioneros eran llevados hasta el bosque de Katyń en camiones o vehículos cerrados. Los cadáveres encontrados en las fosas comunes descubiertas en aquel lugar prueban que, nada más llegar al bosque, los prisioneros eran ejecutados. En efecto, el examen de los restos, su grado de descomposición, los documentos como periódicos, carnés de identidad, cartas y diarios, y también el análisis de los árboles plantados en el lugar del crimen, cuya edad pudo determinarse, indican que los oficiales sepultados en las fosas comunes de Katyń fueron pasados por las armas en la primavera de 1940, es decir a manos de los rusos. Los documentos encontrados junto a los cadáveres han permitido identificarlos sin la menor duda como los de los oficiales polacos prisioneros en el campo de Kozielsk.

LA TESIS SOVIÉTICA

En otoño de 1943, el ejército alemán tuvo que retirarse de las cercanías de Katyń, y en enero de 1944, una comisión especial convocada por las autoridades soviéticas publicó el informe titulado *Truth about Katyń (La verdad sobre Katyń)*. La versión soviética, diametralmente opuesta a la alemana, es más o menos la siguiente: entre abril y mayo de 1940, los prisioneros de los campos de Kozielsk, Starobielsk y Ostaszków fueron trasladados por los rusos a la región de Smolensk, cayeron en manos de los alemanes poco después del inicio de la ofensiva alemana de 1941, y fueron asesinados y

enterrados en el bosque de Katyń por las ss. A fin de organizar una provocación, los alemanes supuestamente habrían exhumado los cadáveres en 1942 y habrían seleccionado los documentos de las víctimas, conservando exclusivamente los anteriores a mayo de 1940. A continuación, habrían vuelto a enterrar los cuerpos, mezclándolos con los de personas asesinadas en otros sitios. Así pues, el descubrimiento de las tumbas en 1943 no sería más que una farsa. Al igual que la versión alemana, la soviética también aporta los testimonios de los habitantes de las aldeas cercanas. Por fuerza, al menos parcialmente tuvieron que ser los mismos testigos que anteriormente habían hecho declaraciones muy distintas ante los alemanes y la comisión compuesta por representantes de países neutrales.

LA RUPTURA DE LAS RELACIONES DIPLOMÁTICAS POLACO-SOVIÉTICAS

Mientras los alemanes y los soviéticos se acusaban mutuamente del asesinato de miles de prisioneros de guerra, los polacos que combatían en las filas de los aliados y luchaban en la resistencia en Polonia interpelaban al gobierno polaco de Londres a propósito del mismo asunto. Le exigían que se descubriera la verdad y se adoptara una posición clara al respecto. Sin embargo, a pesar de la indignación que el descubrimiento de las fosas comunes de Katyń provocó entre los polacos diseminados por el mundo entero, el gobierno de Polonia fue obligado a callar.

Tras las revelaciones alemanas de abril de 1943, el gobierno polaco de Londres se dirigió a la Cruz Roja Internacional con la petición formal de llevar a cabo las pesquisas pertinentes. Inmediatamente se opuso a ello con firmeza el gobierno soviético. Para colmo, los soviéticos declararon que, al rechazar la tesis soviética e intentar llevar el asunto a la Cruz Roja

Internacional, el gobierno polaco daba pruebas de su colaboración con los alemanes. Como consecuencia, el gobierno soviético rompió las relaciones diplomáticas con el gobierno polaco. La situación era paradójica: el hecho de haber asesinado a varios miles de oficiales polacos sirvió a los soviéticos de pretexto para romper las relaciones con Polonia.

Durante un largo período, sólo tuvieron acceso al lugar del crimen las dos partes que se acusaban mutuamente de haberlo cometido, es decir, los alemanes y los rusos, y, por lo tanto, eran los únicos que podían propagar sus tesis a gran escala. No tuvo esta posibilidad la parte perjudicada y, al mismo tiempo, la más interesada en descubrir la verdad.

Para corroborar esta afirmación me serviré de un recuerdo personal: después de dejar la dirección de la oficina de búsqueda (invierno de 1941-1942), en 1943 escribí un libro muy escueto, *Memorias de Starobielsk*, que es un informe sobre mi búsqueda de los soldados desaparecidos. Su publicación se suspendió varias veces, y algunas por intervención de la censura inglesa en Palestina, Egipto e Italia, y eso que no menciono en él ni una sola vez la palabra Katyń. La publicación del libro estuvo prohibida hasta el año 1944, cuando se suavizó la censura sobre las ediciones polacas. O sea que mi libro vio la luz en pleno fervor de la ofensiva contra Montecassino, Ancona y Bolonia, cuando las Fuerzas Armadas polacas tomaban parte en sangrientas batallas, consiguiendo no menos sangrientas victorias.

Las incontables intervenciones de la censura no hicieron más que poner obstáculos a toda mente objetiva y escrupulosa que intentara desvelar la verdad.

Me adentro en documentos y datos recogidos y analizados por el centro especial de investigación creado por el gobierno

y el ejército polacos. Acaba de aparecer en Londres el libro *El crimen de Katyń*.¹ Contiene todos los documentos sobre el tema. ¿Habría algún editor francés dispuesto a publicarlo?

Cuando en 1941 se reestablecieron las relaciones polaco-soviéticas,² el gobierno polaco procedió a reclamar de las autoridades soviéticas la liberación de quince mil prisioneros de los campos de Kozielsk, Starobielsk y Ostaszów, porque se suponía que tal vez hubieran sido trasladados a las regiones polares de la URSS y que el gobierno soviético tardaba en ponerlos en libertad a causa de las duras condiciones climáticas típicas de aquella zona en algunas estaciones del año. En parte me siento responsable de esta falsa hipótesis. En el primer período de la formación del ejército polaco en las estepas que se extienden entre el Volga y los Urales, me hallaba en Tock, donde me encargué de los prisioneros liberados que llegaban para alistarse. Los interrogué a todos y cada uno por si habían visto a alguno de nuestros compañeros desaparecidos. Nadie había visto a ninguno.

Reluctante a abandonar la última sombra de esperanza, fundé mis quimeras en dos noticias muy imprecisas y de segunda mano, según las cuales varios miles de oficiales polacos se encontrarían en las islas de Francisco José.

En base a estos datos, preparé un informe para la comandancia del ejército. Por aquel entonces, dirigía la oficina de búsqueda de nuestros compañeros. A continuación, provisto de cartas en las que el comandante en jefe de las Fuerzas Armadas reclamaba la liberación de nuestros soldados, fui a Chkalov a ver al general Nasedkin, el director de los campos de trabajos forzados. El general Nasedkin, un hombre obe-

¹ *Zbrodnia katyńska w świetle dokumentów* (*El crimen de Katyń a la luz de los documentos*), Londres, 1980, 6.ª edición. (N. del A.).

² Se trata de las relaciones rotas a resultas de la agresión de la URSS contra Polonia el 17 de septiembre de 1939. Este acontecimiento no debe confundirse con la ruptura y el restablecimiento de las relaciones diplomáticas descritos en el apartado anterior.

so, bien alimentado, de cara casi bondadosa y vestido con un uniforme impecable, me recibió en su despacho, donde me aseguró sin entrar en detalles que aquellas personas estaban fuera de su jurisdicción por no ser delincuentes comunes ni criminales de guerra.

Viajé a Moscú. Conseguí hablar con el mismísimo general Reichman, uno de los colaboradores más cercanos de Beria, el jefe del NKVD. Tras largos días de espera, finalmente me recibió. Llevé conmigo un extenso informe que había preparado tras un duro trabajo en la sede de la misión militar inglesa, el único lugar de Moscú donde podía estar seguro de que mis documentos no acabarían siendo requisados. Mi memorial recordaba las reiteradas promesas de Stalin de poner en libertad a todos los prisioneros, incluidos aquellos de cuya muerte no teníamos entonces ni idea. Los documentos que presenté no hicieron la más mínima impresión en el general Reichman, y eso que en el NKVD se encargaba de los asuntos polacos y, naturalmente, *lo sabía todo* sobre los desaparecidos. Su rostro huesudo permaneció imperturbable cual si fuera una máscara. Me dio algunos consejos evasivos y me mandó a Wyszynski, el vicecomisario de Asuntos Exteriores.

Yo esperaba algún consejo, algún gesto, alguna reacción humana por parte de Ilia Ehrenburg, que por aquel entonces era el segundo escritor mejor situado en la URSS después de Aleksei Tolstói. Sólo un mes antes había mantenido con él una conversación amistosa sobre París, Bonnard e incluso sobre Mauriac. Pero Ehrenburg, instalado en un apartamento de lujo de uno de los hoteles de Moscú, no tenía ninguna intención de ayudarme. Sólo se mostró sorprendido al ver que un personaje como yo, con apenas el rango de capitán, se presentara en Moscú con la pretensión de que le concedieran una audiencia los grandes de su patria. Cuantas veces abordé el tema de los desaparecidos, me estrellé contra la cara de mármol de mis interlocutores y una reserva total y absoluta.

Las diligencias que, paralelamente a las mías, se evacua-

ron en un nivel incomparablemente superior tampoco dieron los resultados esperados. Entre octubre de 1941 y junio de 1942, nuestro embajador, el profesor Kot, debatió ocho veces sobre este asunto con Wyszyński y Molotov. Invariablemente, le aseguraron que todos los prisioneros de guerra polacos habían sido puestos en libertad. Nunca se ha rectificado aquella información imprecisa y evidentemente falsa.

La cuestión de los desaparecidos también fue objeto de muchas conversaciones con Stalin. Nuestro embajador le habló de ello por primera vez en noviembre de 1941. Entonces, Stalin prometió encargarse personalmente del asunto y telefoneó al NKVD en presencia de Kot. Sin embargo, tras conversar varios minutos por teléfono, no retomó el tema con nuestro embajador.

Durante su visita a Moscú, el general Sikorski, jefe del Consejo de Estado y comandante de las Fuerzas Armadas, fue recibido por Stalin en compañía del general Anders. Le entregó la lista con los nombres y apellidos de cuatro mil oficiales desaparecidos que yo había logrado confeccionar. Stalin sostuvo que ya habían sido liberados y que si no se podía dar con ellos, significaba que probablemente habían huido a... Manchuria. El general Anders, que acababa de recuperar la libertad después de pasar dos años en la cárcel, le contestó que personalmente le costaba dar crédito a esa suposición. Conocía demasiado bien a los funcionarios del NKVD para tragarse que cuatro mil oficiales polacos hubiesen podido marcharse sin el conocimiento de los órganos centrales. Stalin prometió volver a estudiar el asunto y «doblegar» a los funcionarios de bajo rango que se habían negado a cumplir sus órdenes de liberar a los polacos.

El general volvió a plantear el asunto en la conversación con Stalin que tuvo lugar en marzo de 1942. Entonces Stalin le contestó: «No sé dónde pueden estar. Tal vez se hayan quedado en el territorio ocupado por los alemanes, tal vez se hayan dispersado por aquí y por allá».

Fue la primera vez que, de paso, se formuló la tesis sobre la caída de los prisioneros en manos de los alemanes.

El 15 de abril de 1943, es decir, dos días después de que la radio alemana diera la primera noticia, la oficina de información soviética respondió con un comunicado en el que se rechazaba la acusación alemana.

Después de las revelaciones alemanas, las autoridades soviéticas, que hasta entonces habían intentado embrollar el asunto de los desaparecidos tratándolo como parte del problema de los polacos deportados a la URSS y no se cansaban de repetir la fórmula: «Todos los deportados han sido puestos en libertad», finalmente acabaron presentando, tras unos días de silencio, una versión completa de lo que les había ocurrido a los prisioneros de los tres campos.

Los mismos dirigentes que obstinadamente habían sostenido, incluso hablando por boca del mismísimo Stalin, que ignoraban por completo la suerte de los polacos, súbitamente declararon estar al tanto no sólo de lo que había sucedido con ellos mientras estuvieron en manos de los soviéticos, es decir, antes de que pasaran a las de los alemanes, sino también después.

En otoño de 1943, las tropas alemanas fueron obligadas a retirarse de las cercanías de Smolensk, y en enero de 1944 se publicó el informe de la comisión especial soviética titulado *Truth about Katyń*, que acusaba a los alemanes de haber cometido el crimen. Después de la derrota de Alemania, los soviéticos incluyeron aquella acusación en la lista de cargos presentados contra los principales criminales de guerra nazis, y así la reiteró en Núremberg el fiscal Rudenko.

En el transcurso del proceso, el asunto de Katyń salió varias veces, pero Rudenko se negó rotundamente a discutirlo: según él, ya había sido calificado definitivamente como crimen alemán.

En la sentencia final que condenaba a los alemanes Katyń ni se mencionó, y no se pudo hacer nada más, porque

era impensable inculpar a los rusos, que formaban parte del tribunal.

Así pues, presenciábamos un suceso sin precedentes en toda la historia del derecho y de la jurisdicción en el mundo civilizado: el acusado de haber cometido un crimen se lo imputó a otro y lo juzgó por él.

Hablando de la tesis soviética, según la cual la matanza fue obra de los alemanes, hay que advertir que toda la verdad hubiera salido a la luz si las investigaciones se hubiesen llevado a cabo de manera honesta. Pero el informe de la URSS es un producto exclusivamente soviético, a diferencia del alemán, en cuya elaboración intervinieron expertos de doce países. Las autoridades soviéticas *prescindieron de colaboradores de fuera de la URSS*.

El juicio de la matanza de Katyń es un proceso basado en indicios, porque ninguna de las víctimas de aquel genocidio se salvó, el genocida no se declaró culpable y no hay testigos oculares de los hechos.

Los testigos a los que se hace mención en el informe soviético son de hecho las mismas personas cuyas declaraciones presentaron las autoridades alemanas previamente ante los miembros de la comisión de forenses de varios países europeos, y que inculpaban a las autoridades soviéticas.

Todos aquellos testigos están bajo el poder de las autoridades soviéticas, que son al mismo tiempo acusador y acusado.

El número de víctimas que publicó la radio alemana—entre diez y doce mil—es falso.

Se encontraron no menos de 4.143 cadáveres, y el setenta por ciento ha podido ser identificado con ayuda de la lista incluida en el *Amtliches Material*.

Gracias a una pequeña cantidad de objetos, cartas y recuerdos que llevaban inscrito el nombre de Kozielsk, así

como a apuntes personales, no puede haber ninguna duda de que se trata de los oficiales polacos internados en este campo y evacuados entre el 1 de abril y el 11 de mayo de 1940. Ha sido posible identificar a 2.919 de los 4.143. El ochenta por ciento de estos apellidos figura en la primera lista de 3.845 oficiales desaparecidos que Sikorski presentó a Stalin o en las listas suplementarias confeccionadas posteriormente.

Si comparamos la lista de nombres de las víctimas de Katyń identificadas con la lista de desaparecidos que había elaborado el gobierno polaco y cotejamos el número de cadáveres exhumados en Katyń con el total de oficiales desaparecidos de Kozielsk, uno de los tres campos de prisioneros que pueden tomarse en consideración, llegamos a la conclusión de que *los asesinados corresponden únicamente a los oficiales de Kozielsk desaparecidos*.

Si en Katyń fueron asesinados sólo los prisioneros de Kozielsk, es menester preguntarse qué ocurrió con los de Starobielsk y Ostaszków, pues allí no se halló el cadáver de ninguno de ellos, y ninguno volvió a dar señales de vida. Y esta pregunta debe hacerse incluso en el caso de suponer que los responsables de la matanza de los tres mil novecientos prisioneros del primero, y de los seis mil quinientos del segundo fueran los alemanes.

El destino de los prisioneros de Starobielsk y Ostaszków sigue siendo una incógnita, ya que las fosas comunes de Katyń no contribuyen en absoluto a esclarecerlo: no se encuentran entre los asesinados de Katyń.

Todas las víctimas encontradas en las fosas comunes de Katyń, sin ninguna excepción, fueron ejecutadas de un disparo en la nuca. Es la forma típica, y al mismo tiempo oficial—por llamarla así—, en que se ejecutan en la URSS las sentencias de muerte.

EL ASESINATO

Sólo dos fechas pueden tomarse en consideración como momento posible del crimen: abril-mayo de 1940, como afirma el informe alemán, y entonces los responsables serían las autoridades soviéticas, o bien septiembre de 1943, la fecha en que insiste el informe soviético, y entonces habría que cargar las culpas a los alemanes.

I. PRUEBAS POSITIVAS

a) La comisión de forenses de varios países europeos invitada por las autoridades alemanas a visitar Katyń a fines de septiembre de 1943 concluyó que los cuerpos de los asesinados tenían que haber permanecido enterrados durante por lo menos tres años. Esta opinión fue confirmada por el profesor Buhtz, el catedrático de la Universidad de Breslau que dirigía los trabajos de exhumación de Katyń. Como los alemanes no pueden considerarse parte desinteresada y objetiva, esta afirmación tiene que leerse con mucha cautela, pero no puede silenciarse. Se sabe quién formaba parte de la comisión de expertos europeos. Entre otros, el doctor Naville de Suiza, el doctor Palmieri, un catedrático de criminología italiano, el doctor Orsós de Hungría, etcétera. Todos, comenzando por el profesor Buhtz, podrían volver a ser convocados como testigos. Sólo uno de ellos, el doctor Markov de Bulgaria, se retractó de su opinión tras pasar algunos meses en la cárcel en una región ocupada por los soviéticos.

b) La comisión de forenses europeos agregó a su informe las declaraciones de von Herff, un experto en economía forestal, que había examinado los pinos jóvenes plantados sobre las fosas de Katyń. Sus análisis microscópicos demostraron que sin duda alguna se trataba de árboles de cinco años

transplantados al bosque de Katyń tres años antes de la llegada de la comisión, es decir, en la primavera de 1940.

c) Según la descripción que ofrece el informe alemán, los cadáveres descubiertos en las fosas comunes numeradas del 1 al 7 iban vestidos con gabanes, zamarras, jerséis, ropa caliente y bufandas. El capítulo VII del libro de W. L. White, *Report of the Russian (El informe de los rusos)*, corrobora estos detalles. White relata que los corresponsales de prensa extranjeros invitados a Katyń por las autoridades soviéticas en enero de 1944 se quedaron sorprendidos por este importante detalle y expresaron su asombro al ver los cadáveres de oficiales vestidos con ropa de invierno, a pesar de que, según la versión soviética, habrían sido asesinados por los alemanes en el mes de agosto. Aquella observación de los corresponsales extranjeros dejó a los rusos atónitos. Tras un breve conciliábulo, afirmaron que en aquellos parajes la temperatura es muy variable y que, cuando baja, la gente lleva ropa de abrigo. Ésta es una afirmación totalmente falsa, y hasta ridícula, en particular para los que conocen las condiciones climáticas de aquella región.

2. PRUEBAS NEGATIVAS

Junto a los cadáveres de Katyń se encontraron grandes cantidades de periódicos y también de cartas dirigidas a los prisioneros por sus familiares, y otras que ellos mismos habían escrito y no habían tenido tiempo de mandar. Ninguno de estos documentos lleva una fecha posterior al 11 de mayo de 1940, que según nuestras deducciones es la de la matanza de Katyń. De otras fuentes sabemos que la propaganda soviética era particularmente activa en los tres campos y, por tanto, los prisioneros no sólo estaban autorizados a comprar prensa, sino que incluso se les ofrecían facilidades para hacerlo. Si los prisioneros de Kozielsk hubiesen bajado en

Gniezdów, la estación más cercana a Katyń, y a continuación hubiesen sido repartidos entre tres campos «especiales» (la tesis soviética), sin duda se habrían provisto de algunos periódicos. Suponiendo que la tesis soviética de que los prisioneros fueron aniquilados por los alemanes en agosto o en septiembre de 1941 fuese cierta, habría que esperar que junto a los asesinados apareciesen periódicos de fecha posterior a la que llevaban los que se encontraron en Katyń.

El argumento de las fechas parece aún más contundente si analizamos los diarios personales y los apuntes de los prisioneros. Los doce diarios encontrados en las fosas comunes de Katyń terminan en abril de 1940.

Los papeles y los periódicos soviéticos presentaban un estado de conservación bastante bueno: saltaban a la vista sus letras, todavía perfectamente legibles, impresas sobre un papel lleno de manchas. Según el informe de un periodista polaco que fue invitado a Katyń por las autoridades alemanas y aceptó la invitación por orden de las autoridades polacas clandestinas, casi todos los periódicos que pudo analizar—estaban esparcidos por todo el alrededor de las fosas comunes—llevaban la fecha de marzo o abril de 1940.

Aquel mismo periodista presenció la exhumación y pudo observar cómo se procedía a la verificación de los documentos. Primero se cortaban y se vaciaban los bolsillos. En algunos se encontraron pliegos de periódicos y en otros, tabaco y fotografías envueltos en papel de periódico. *Todos los diarios llevaban fechas anteriores a mayo de 1940.* Cuesta imaginar que los alemanes pudieran llenar los bolsillos de las víctimas con periódicos y papeles soviéticos de hacía un año y medio.

He aquí la conclusión: *el asesinato se perpetró entre abril y mayo de 1940, un año antes de que las tropas alemanas invadieran aquellos terrenos, y, por ende, fue obra de los rusos.*

¿Quién es en definitiva el responsable de aquel crimen? ¿Un puñado de simples ejecutores estúpidos y crueles? Dada la extremada centralización de la Rusia soviética, un país donde, durante la guerra, cada prisionero y cada deportado tenía un expediente lleno de sentencias, fotografías y declaraciones por escrito, cuya copia se conservaba en Moscú, el asesinato de varios miles de oficiales polacos sin duda se realizó por orden de las autoridades más altas y con el consentimiento de Stalin.

Así pues, los dirigentes de la U R S S son los responsables de la matanza de unos prisioneros de guerra cuya única culpa fue haber defendido su patria y haber luchado contra el Tercer Reich cuando Stalin aún era un aliado fiel de Hitler, de Goebbels y de toda la Alemania nazi.